

## CONFERENCIA SEXTA.

---

### NECESIDAD DEL PROGRESO MORAL RELATIVAMENTE A LA CIENCIA, A LAS ARTES Y A LA SOCIEDAD.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR,

Después de haber determinado el valor intrínseco del desarrollo material en el punto de vista del Progreso, y señalado los inconvenientes de su exageración, he indagado en la última conferencia cuál es el verdadero pensamiento del cristianismo relativamente al desarrollo material y al Progreso de la industria, y cuál el deber de los cristianos en presencia de este movimiento del mundo moderno. Yo he dicho: El cristianismo no es la reprobación de la materia, no es el anatema echado al Progreso material: él mismo nos muestra en la industria el privilegio dado al hombre y la ley impuesta al hombre por la palabra de Dios. Lo que el cristianismo reprueba es la materia como fin, la materia como soberana, la materia como ambición suprema de la vida. Lo que él aprueba es la materia como medio, la materia como sirvienta, la materia como condición normal de la vida: esto es reprobar la decadencia, esto es aplaudir el verdadero Progreso.

¿Cuál es el deber de los cristianos en presencia del movimiento material? Las proporciones y la influencia que ha tomado la industria en nuestros días, exigen imperiosamente que los cristianos acepten una posición delante de este vasto movimiento del siglo decimonono. ¿Cuál debe ser esta posición? Sobre este particular no hay más, para los cristianos, que tres posiciones imaginables: la agresión, la abstención, la intervención. La agresión sería la oposición hecha á una



cosa que es buena en sí misma, y sería injusta y temeraria. La abstención, absoluta y sistemática, sería la propagación indirecta del mal, porque la industria, separada del espíritu cristiano, funciona para el mal. Queda pues el tercer partido : intervenir cada uno en su puesto á medida de su poder para dar un soplo cristiano á ese gran cuerpo de la industria; y para ello tener á la vez la mayor abnegación de sí mismo, la mayor afección á los hombres, y proponerse la mayor gloria de Dios. Dirigida la industria humana al término y al destino del hombre por medio de esta intervención eficaz, puede entónces concurrir al progreso del mundo.

Pero, Señores, cuando hubiéremos hecho nosotros todo lo que depende de nuestra libertad para contener el Progreso material dentro de sus límites legítimos, siempre será una cosa constante, que el Progreso material, por grande y bien ordenado que se le suponga, no es un Progreso principal, sino un Progreso secundario. Después de haber establecido que él no es el Progreso principal, me veo naturalmente conducido, ántes de ir mas léjos, á investigar dónde se halla ese Progreso principal, aquel al que llamo yo el Progreso verdaderamente humano.

A esta cuestión que es soberana, respondo con una sola palabra : el Progreso moral, ó el perfeccionamiento de los hombres. Tal es la naturaleza del hombre y la fuerza de las cosas, que sin el perfeccionamiento moral de la humanidad todos sus progresos tienden á decadencias inevitables, y sus invenciones se convierten en instrumentos de su propia ruina.

En 1851, en medio de las agitaciones de una sociedad estremecida por un sacudimiento reciente, escribía un publicista estas palabras llenas de un sentido profundo, y que representan todavía nuestra situación en 1856 : « Si un hombre, logrando hacerse escuchar, llegara á convencernos que la *virtud* nos es tan necesaria como el pan, « ese hombre realizaria las mas grandes cosas : porque, si la sociedad « debe ser reformada, no es políticamente, sino *moralmente*. »

Yo no soy, Señores, de aquellos que Dios suscita para hacer por sí solos las mas grandes cosas : pero en esta reforma moral que debe salvarnos de las tempestades acumuladas por el olvido de las virtudes y el reinado de las pasiones, todos somos llamados para poner segun nuestra posibilidad nuestra parte de influencia. A pesar de la insufi-

ciencia de mis recursos, os decido á escucharme el interés de las cosas y la crítica situación de los tiempos. Así pues, yo quisiera, ayudando por mi parte á esta reforma saludable, haceros comprender bien que la virtud es para vosotros en nuestros días como el pan. Yo quisiera establecer, que sin el Progreso moral ó el perfeccionamiento de los hombres, los otros progresos no pueden sostenerse; que ellos tienden á la decadencia de la humanidad segun la medida en que se realizan; y que todos los progresos que vosotros pretendéis realizar sin el Progreso moral, no son mas que movimientos que conducen con mas ó ménos rapidez hácia la decadencia y la barbarie.

Parece que debería yo comenzar aplicando esta fórmula al Progreso material : y en efecto, es fácil concluir de todo lo que hemos dicho, que sin el perfeccionamiento de los hombres, este gran poder dado á la materia no es mas que una fuerte espada con la que la humanidad debe herirse ella misma tarde ó temprano. Pero esta verdad me parece tan grave, y es tan interesante darle todo el desenvolvimiento posible, que me propongo consagrarle mas tarde un discurso entero.

Fuera del Progreso material y encima de él busca la humanidad progresos mas generosos y mas dignos de su grandeza : Progreso científico, Progreso artístico, Progreso social. Ahora bien, sin el Progreso moral estos progresos están heridos de muerte, ó se vuelven contra la humanidad para acelerar su decadencia. Y en esta fórmula teneis toda la sustancia de este discurso, que hallará en el siguiente su necesario complemento.

## I.

El primer Progreso á que aspira nuestro siglo, junto con el Progreso material, es el Progreso *intelectual*. La inteligencia es la luz del hombre : ella debe marchar delante para iluminar con la antorcha de la verdad el camino de todos los verdaderos progresos. Cuando la ciencia viene de Dios, muestra al hombre, no solo su destino, sino tambien el objeto de sus legítimas ambiciones; y descubre en él y al rededor de él los resortes para dirigirse á ellos y los medios para obtenerlos. Yo considero un deber mio proclamarlo desde luego : la ciencia



es un Progreso digno del hombre, mensajero é instrumento de muchos otros Progresos. Pero es singularmente remarcable, que sin el Progreso moral no hay verdadero Progreso en la ciencia; y que todo lo que los hombres honran con este nombre, tiende fatalmente á la decadencia intelectual.

El Progreso intelectual es la marcha en la verdad; el Progreso moral es la marcha en el bien. Pero para ir léjos en la verdad, es preciso ir léjos en el bien. El bien y la verdad están unidos, tanto en lo ideal como en la realidad, por una cadena indestructible y un parentesco misterioso. Jamas contrae la inteligencia alianza profunda con la verdad, sino cuando la voluntad contrae una union indisoluble con el bien. Cuando el alma humana ha roto con la mano del vicio el lazo sagrado que la tenia unida al bien, ella ha pedido su divorcio de la verdad; y es fácil ver que el amor del bien y el amor de la verdad huyen de ella, dia por dia y hora por hora, ante la invasion progresiva del error y del mal. Tal es la necesidad de las cosas. Todo lo que quitais á la rectitud de vuestras acciones y á la perfeccion de vuestras virtudes, lo robais á la rectitud de vuestra inteligencia y á la armonía de vuestros pensamientos. En vano intentaríais protestar con ejemplos falaces contra el imperio de esta ley. La luz y el calor romperian la union que les da la naturaleza en un rayo de sol, ántes de verse que la verdad y el bien rompen la alianza inmortal que los une en las profundidades del alma, lo mismo que en las profundidades de Dios.

Hé aquí porque un hombre ó un pueblo que crecen en la verdad y decrecen en el bien, es un fenómeno que no se ha visto jamas y que jamas puede verse. En un sentido muy elevado y verdaderamente filosófico no hay exageracion en decir, que para ser un hombre un verdadero sabio, es preciso que sea verdaderamente virtuoso. Y la razon es, que toda verdadera filosofia, como su nombre lo indica, se compone á la vez del conocimiento de la verdad y del amor del bien. Sea el que fuere vuestro talento, si vosotros no sois completamente hombres de bien, no seréis jamas completamente hombres de verdad. La Escritura ha dicho sobre este particular una palabra, que nada la iguala en su profundidad sino su simplicidad divina: *In malevolam animam non introibit sapientia*<sup>4</sup>. « La sabiduria, esto es el verdadero

<sup>4</sup> Sap. 1, 4.

saber, no entrará en el alma que quiere el mal; » no entrará, porque el mal la rechaza, y porque entre la verdad y el mal, si alguna vez hay alianza, nunca es duradera.

Vuestro buen sentido, Señores, podria dispensarme de decir, que yo tomo aquí las palabras verdad, ciencia y filosofia, en su sentido mas elevado, mas ancho y mas armonioso. Y en efecto, yo no pretendo decir que sin la virtud no puede el hombre saber nada, porque esto sería dar al error armas demasiado fáciles contra la verdad. Sí, sin la virtud vosotros podeis aprender, conocer y descubrir alguna cosa. Con el estudio, la observacion y la experiencia llegaréis tambien sin la virtud á comprender verdades; pero ¿qué verdades? verdades contingentes, materiales, inconexas; verdades, si así puedo decirlo, aisladas, sin armonía entre sí, sin relacion directa con el destino, y sin punto de contacto con Dios. Pero la verdad inmutable, eterna, absoluta; la verdad viva que procede directamente de Dios y obra eficazmente sobre el hombre; esta verdad, digo, os faltará: y envanecidos de algunos descubrimientos que no os eran absolutamente necesarios, y sin los cuales ha visto el mundo hombres los mas ilustres y siglos los mas afortunados, os hallaréis en la extrema carencia de las verdades necesarias sin las cuales no podeis siquiera vivir.

Lo que digo de un hombre, podria decirlo aun con mas razon de un pueblo entero. Lo que puede un gran pueblo sin el Progreso moral en el dominio de la ciencia, ¿quién pudiera hoy dia ignorarlo enteramente, por poco que fije su atencion en el movimiento de las inteligencias? ¿Acaso no sois vosotros mismos los que de mas de un siglo á esta parte nos habeis dado el espectáculo de lo que pueden sin vuestras virtudes los esfuerzos de vuestro talento? En medio del desórden de costumbres vese aparecer un gran movimiento, ó por mejor decir, una grande agitacion en las inteligencias; propónense problemas, siéntanse cuestiones, revuélvense ideas, suscítanse opiniones, créanse filosofías, y se dice: « Es el pensamiento que marcha, es la verdad que se manifiesta, es el Progreso en la ciencia. » Tal es la preocupacion que reina de ordinario, relativamente al verdadero Progreso científico: para probar el Progreso en la verdad se cuentan las tentativas del error. Hombres que se intitulan modestamente iniciadores del linaje humano, profetas de lo futuro, precursores del Progreso, van



discurriendo en todos sentidos por el campo de la ciencia; en el surco que ha abierto lo que ellos llaman su talento, echan lo que ellos mismos apellidan la *simiente del porvenir*; y cada año se ve que del seno de la sociedad sale una vegetación de sistemas, y florecen cosechas de libros. El siglo, testigo conmovido, pero ignorante, de esta fecundidad siempre creciente, exclama: « Es la marcha del espíritu humano, es el Progreso que pasa. » Ahora bien, ¿pensáis vosotros que esto es el verdadero Progreso de la inteligencia? No, mil veces no. La multitud de vuestros sistemas, y el diluvio de vuestros libros no son un indicio de la ciencia. ¿Qué hubiera sido necesario al filósofo tal para ahorrarnos un sistema? No ignorar lo que él creía saber. ¿Qué hubiera sido preciso á tal autor para hacer un libro de ménos? Saber una verdad mas. Hay millones de libros que no hubieran visto la luz pública si sus autores hubiesen sabido mas; y yo afirmo, que mas de las tres cuartas partes de esos libros y de esos sistemas que citamos ante el siglo como testimonios de nuestro Progreso en la ciencia, depondrán contra nosotros en el tribunal de la posteridad imparcial como testigos verídicos de la indigencia de nuestros pensamientos y de la bajeza de nuestras inteligencias.

Pero en fin, dirán algunos, revolver ideas, crear sistemas, dar á luz libros, es á lo ménos alguna cosa; y si esto no es el Progreso mas perfecto, es siempre un Progreso. ¿Queréis vosotros llamar un Progreso en la ciencia á la exuberancia de vuestras obras y á la superfección de vuestros libros? Está muy bien: lo que acabo de negaros con razon, os lo concedo sin motivo. Quiero suponer que así sea; esto es, que en el desórden de costumbres habeis realizado un Progreso de la inteligencia. Ahora se trata de saber lo que de este Progreso en la ciencia va á resultar á favor de la humanidad sin el Progreso moral.

¿Qué pensáis vosotros que hace el Progreso en la ciencia sin el Progreso en la virtud? ¿Lo que hace? ¡ah! yo voy á deciroslo: hace lo mismo que hace el saber personificado en Satanás; hace lo que debe hacer el genio del mal, *las tinieblas*. Satanás no es un ignorante, puesto que sabe. ¿De qué pues proviene, que siendo sabio por su naturaleza, y llevando el nombre de la luz, se le llame á Lucifer el príncipe de las tinieblas? Proviene de que él es el mal, y que por una contradicción

aparente que es el misterio profundo de la verdad, la ciencia ó la posesión de la luz se convierte en él en el poder de hacer las tinieblas. Tal es el Progreso en la ciencia cuando se presenta en medio de la decadencia moral: es un aumento de tinieblas en medio de la mas grande actividad de las inteligencias. Y este resultado es inevitable. El que hace el mal, aborrece la luz, y de los oscurecimientos de la verdad se hace regocijos de Satanás. Esto es cierto, lo mismo por lo que respecta á un siglo, que por lo que respecta á un hombre.

En efecto: ¿qué son, en la perversión de las costumbres, las ciencias, esas antorchas que Dios enciende para guiar la marcha de la humanidad? Ellas son, no ya una iluminacion, sino una seducción. Un sabio de este tiempo ha dicho con audacia: « Estoy resuelto á hacer fascinacion. » Esto es lo que hace, como Satanás, toda filosofía adúltera que se ha divorciado del bien y se ha unido al mal. Lo que se llama lógica, no es mas que un arte ingenioso de ocultar la verdad, y el arma del raciocinio no es otra cosa que el poder del sofisma. La filosofía viene á ser una duda erudita, un escepticismo infame, ó una negacion orgullosa. El estudio de la naturaleza mata el estudio del alma; el conocimiento del mundo cubre el conocimiento de Dios; y la ciencia de la materia sofoca la ciencia del espíritu. La historia misma, la historia, que es la memoria y el relato de la verdad, se hace un instrumento de mentira; é inspirada por Satanás, se pone tambien á dar oráculos engañosos. Todo marcha con Satanás á la seducción y á la fascinacion. En medio de la agitacion de las inteligencias, puestas por la perversidad humana al servicio del mal, se ve la duda, la negacion y el error, que ganan victorias insolentes sobre la certeza, la afirmacion y la verdad; por manera que en las fases mas brillantes de lo que el siglo llama Progreso de las inteligencias, el desenvolvimiento científico separado del Progreso moral no es mas que la condensacion progresiva de las tinieblas humanas.

¡Ah! Dios os libre de sabios sin virtud y de filósofos sin conciencia. Un malvado que nada sabe, no es mas que un malvado; pero un malvado que sabe, es un azote de la humanidad, armado contra ella del poder de ocultar la verdad y del poder de propagar el error, si tiene interes en sustraer la primera y enseñar el segundo. A la manera que un hombre de bien siente en su pasión por el bien la necesidad de



matar lo falso y hacer reinar lo verdadero; así también un hombre malo siente en su pasión por el mal la necesidad de matar la verdad y hacer reinar el error. « Si yo supiera una verdad que pudiese degradar al linaje humano, se la echaría en cara á boca de jarro. » Así hablaba José de Maistre. Esto es algo duro, pero es generoso y es prueba de un verdadero amor. Tal es el sabio virtuoso: él consiente en sepultarse en el triunfo de la verdad. El sabio sin virtud hace exactamente lo contrario: él sepulta la verdad en el triunfo de su egoísmo. El filósofo sin virtud se ama á sí mismo más que á la verdad, más que al bien, más que al hombre, más que á Dios, más que á todo. Él prefiere á todo el culto de su gloria, la ambición de su fortuna y la adoración de sí mismo. ¿Quereis de ello ejemplos palpables? Escuchad.

Un hombre ha tenido la desgracia sin igual de hallar la gloria enseñando lo falso. La madurez de su genio ha hecho caer los errores de su entendimiento de veinticinco años; él lo sabe, y ni siquiera tiene el poder de hacerse una postrera ilusión sobre este particular. Pero este error es su libro, su sistema, su filosofía misma; este error es su nombre, su celebridad, su rango marcado en el mundo de los sabios; es por fin su gloria en el presente y su auréola en el porvenir. Esto es bueno para meditar; y antes que decir en presencia de los contemporáneos de su gloria: « Yo me equivoqué, » consentirá ese hombre en que la posteridad beba en sus libros el veneno de sus errores: semejante á un toxilogo célebre, que por miedo de perjudicar á su fama, permite que las generaciones beban la muerte en sus tósigos.

Por esto, cuando Dios quiere castigar á las naciones civilizadas, ¿sabeis vosotros lo que hace? Entrega las inteligencias á la tiranía de los sabios sin conciencia: él permite que se verifiquen entre el talento y la perversidad esas uniones desastrosas que en el orgullo de un falso saber preparan las decadencias del pensamiento; y hace caer, como las langostas sobre el Egipto flagelado, enjambres de malos filósofos y de literatos viciosos, hombres de espíritu falso y corazón pervertido, sabios á medias, pero de una corrupción perfecta. De todas las nubes acumuladas por esos Luciferes oscuros, se forma en los siglos que se titulan siglos de luces, una oscuridad triste, donde el genio del

saber, que se ha hecho dañino, no despide más que resplandores dudosos y claridades siniestras, semejantes á aquellos relámpagos que surcan el crepúsculo al acercarse una tempestad. Entónces los reyes del pensamiento, príncipes de estas tinieblas, *principes tenebrarum harum*, van palpando á la aventura estas tinieblas que ellos han hecho, y en nombre de todos los progresos científicos conducen los pueblos que los aplauden, al declive de los precipicios donde se preparan en la noche de las inteligencias catástrofes horrorosas.

## II.

El segundo Progreso que se pone con honor en la jerarquía de los progresos humanos, es el Progreso en el *arte*. El arte es, sin disputa, una de las grandes faces de la naturaleza humana: por él, la humanidad se eleva; por él, el hombre tiende á la imitación de las obras divinas; por él, el artista pone en sus creaciones reflejos de lo infinito, y se esfuerza en realizar cada vez más el ideal que habita en las profundidades de Dios. Nada es más cierto: el arte es un elemento de Progreso; él da al alma humana vuelos generosos y elevaciones sublimes. Así pues importa, en el punto de vista de nuestro asunto, investigar lo que debe ser sin la virtud el Progreso en el arte.

Ahora bien, lo que hemos dicho de la ciencia, es todavía más cierto por lo que respecta al arte: sin el Progreso moral se pára el Progreso artístico; y las obras que él realiza, propenden á la decadencia humana.

El objeto inmediato del arte es la expresión de lo bello; y lo bello, según observa Platon, es el objeto propio del amor. Por consiguiente, lo que debe tener ante todo el artista, es además del talento que conoce lo verdadero, un amor sincero de la verdadera belleza. Para pintar bien y expresar bien, es preciso amar el tipo que se pinta y la belleza que se expresa: el arte pide una mirada que penetre, y un corazón que se enamore: él quiere la mirada del talento y el corazón del amor. Los verdaderos predestinados del arte se reconocen por estas dos señales, por el rayo del talento que brilla sobre su frente, y por el amor de lo bello grabado en el fondo de su corazón. En toda